

FORCEJEO INFECUNDO

¡¡NO ES POSIBLE...!!!

Explicación a los lectores

Al poner hoy sus ojos los lectores en estas acostumbradas líneas prefaciales de cada edición del periódico,—que venimos por más de un año trazando con el alma encendida en un mágico culto de hervores cívicos y puros,—experimentarán, seguramente, una sorpresa. ¿Razón? Vamos a decirla. En pleno apogeo, difusión y próspera vida de LA TIERRA HIDALGA, suspendemos desde hoy su publicación temporalmente. Ya está dicho. Y ya está dicho con absoluta sencillez, eludiendo artificiosidades vanas de expresión y amañados giros de rebusca literaria.

En esta hora crítica, que pasará a las posteridades históricas de España como un símbolo,—¡la hora del silencio!—no nos place ser ambíguos... Sin jactancias, sin garrulerías declamatorias, sin vocablos enfáticos, volcaremos en las cuartillas, por ahora, nuestras últimas líneas... Definiremos, en suma, con la mayor transparencia y laconismo posibles, nuestra actitud, nuestra postura... «¡Pega, pero escucha...!», dijo en cierta ocasión Temístocles a su contrincante Eurípiades, el caudillo iracundo...

Ninguno de los lectores ignora las anormales circunstancias, el régimen de excepción que hoy impera en España... La censura previa, dentro de tal régimen, es una de las medidas de gobierno que el Directorio ha creído y sigue creyendo necesario mantener. En esta censura, la agilidad de nuestros movimientos espirituales se desenvolvía con trabajo, pero nosotros, en obsequio del público que nos lee, y esperanzados ante el optimismo de una próxima reintegración de los derechos de la inteligencia, sobrellevamos, la publicación del periódico con resignada heroicidad...

En este plan equívoco, de constantes bordeaciones por atajos laberínticos, de dolorosas sofisterías obligadas, nos sorprenden unas nuevas «instrucciones» sobre la forma en que LA TIERRA HIDALGA debe sujetarse a la censura... Y por ahí, por ese aro, ya no pasamos nosotros... Esto es todo.

Nos entrevistamos con los Sres. D. José Rivera Atienza, gobernador militar; D. Jacobo Díaz Escibano, gobernador civil, y el Sr. Ochotorena, teniente coronel. La amabilidad, la exquisitez, el franco acogimiento que nos dispensaron todos ellos, fué en todo instante irreprochable. Expusimos, y discutimos, nuestros puntos de vista, nuestras fundamentales premisas, La solución no destelló en su cumbre; la luz no se hizo...

Alguien, cuya recta intención en nuestro obsequio íntimamente agradeceremos, nos propuso presentarnos al señor Capitán General de la Región, D. Fernando Moltó y Ocampo, que llegó a Ciudad-Real el día doce del corriente en visita de inspección de guarniciones, para que acerca de él practicásemos una gestión directa de posibles avenencias, adaptables a la finalidad liberadora por nosotros perseguida. Pero era ya tarde... Súbitamente, como la espuma desbordada en una copa de «champagn», nuestro cerebro y nuestro corazón—en un trémulo abrazo de fraternidades infinitas—resolvieron por razones elementales de pulcritud intelectual y emotiva; transporfarse, de un salto, a la otra orilla del caudatoso Rubicón de la censura previa... Y rechazamos, cortesmente, la antedicha propuesta...

Esta determinación fulminante, este «lujo» de las deliberaciones omnímodas, sin límites, puede LA TIERRA HIDALGA permitírselo porque ninguna traba la sujeta a la vida ni ningún purrito inconfesable la domina. No depende de ninguna empresa, de ningún personaje o personajillo, de ningún apetito innundo, sino de su entera voluntad, y por eso en estos instantes adopta la resolución de eliminarse... Si entrase en nuestros cálculos, podríamos acimatarnos, «reacimatarnos» mejor dicho—con más o menos trabajo, con más o menos dificultades, con más o menos «lecticismo intelectual»—a continuar con el público nuestro contacto periodístico. Pero no queremos... Preferimos, en un generoso rasgo de hidalguía, dejar libre todo el campo, ante la insubsanable desigualdad de las posiciones respectivas... Se acabaron los paliativos; se colmó el vaso con la consabida «gota de agua»... ¡Nos hartamos! ¿Está claro?

Peró LA TIERRA HIDALGA—como las golondrinas de Gustavo Adolfo Becquer—¡volverá! Deja de publicarse «estando donde estaba» al nacer. Reanudará su nueva etapa, en idéntico punto al que hoy queda, pero con más holgura en sus palabras y mayor radio de acción en su ademán... Nuestra sensibilidad rayana en la hiperestesia, no nos permite vivir entre murallas, vejetar entre espinas, movernos deleznablemente, con angelical resignación... Amamos la vida: ¡pero tenemos para ella un gran desdén cuando sus alas no son libres...!

La libertad «es la voluntad misma en cuanto tiene facultad de elección» Ya que otra libertad no nos sea fácil, pongamos nuestra voluntad en juego para decidir, libremente, el destino de LA TIERRA HIDALGA, agradeciendo a los lectores, con suma intensidad, el concurso prestado. Hay todavía muchas cosas que exhumar, muchas caretas que hacer trizas, y confiamos en que todo ha de llevarse a cabo felizmente... Ahora, es necesaria la medida que adoptamos. Gran parte de nuestro número anterior, observarían nuestros lectores estaba dedicado al mes de Mayo... Y, francamente, no estamos decididos a dedicarle otra al mes de Junio... Ya estarán satisfechas, graznadoras de gozo, las lechuzas anhelosas, desde que apareció LA TIERRA HIDALGA, de sorberse el aceite de sus lámparas; nosotros mismos le arrojamamos todo el líquido en las fauces babosas... ¡Son ellas muy poco para que nuestra idealidad se sacrifique a sus raquíticas fruiciones! ¡Duerman tranquilos...! ¡Que sus pasioncillas se serenen! ¡Ya se ha eclipsado un dardo...! ¡Allá ellos...! ¡Nosotros quedamos incólumes de toda contaminación villana...!

Para ser nuestra empresa fructífera ha de guiarse una muchedumbre de ideas directrices y definidas; la exposición franca de éstas no puede hoy desarrollarse plenamente... La lucha, de tal modo, tiene un nombre; esterilidad... Los planos son desemejantes. ¿Sería noble, leal y legítimo, aceptando esta desemejanza, proseguir laborando sin fruto en un inútil forcejeo...? ¡Nunca! Lo noble, lo leal, lo legítimo, es proceder como lo hacemos... Nuestra paciencia se ha colmado... Nuestra pluma que es de auténtico acero, salta en pedazos antes de doblarse... Desaparecido el menor riesgo de esto último, volverán e unirse solos sus pedazos, para tornar a escribir con la tensión propia de su temple... Cuando lo estimemos oportuno, cuando nos dé la gana, en veinticuatro horas, lanzaremos LA TIERRA HIDALGA a lo ancho de la calle, desvaneciendo la clorofomización hoy aplicada como un medio transitorio. Dentro de esta excepcional situación, cuya procedencia o improcedencia desde el punto de vista gubernante no podemos someter al comentario, a LA TIERRA HIDALGA no le es dable estructurar el ideario de sus orientaciones claras y concretas... Estos son los hechos...

¿Debemos prolongar la jornada?

Nuestra conciencia nos ha dicho: «¡No es posible!»

Y nosotros—sin réplica, sin apelaciones ulteriores—¡aceptamos el fallo!

Manuel CAMACHO BENEYTEZ,

PAJARITAS DE PAPEL

El Bigote y la Melena

(Cuestione peliagudas)

De la moda turbulenta es el último destello esa cruzada, que ostenta por lema: ¡Guerra al cabello!

Sumis a los dictados que imperiosa ordena, van los hombres, fatigados; las mujeres, con melena.

¡Cuán lejos aquellos días en que usaba todo el mundo los bigotes con las guías a lo Guillermo Segundol,

que, cual engrudo airon, daban a nuestro semblante, un aspecto farrón, presumido y patulante;

mas del bello fracaso revueltas con los cascotes, rodaron hacia el ocaso los imperiales bigotes,

y hoy si venis en cualquiera un mostacho intempestivo, lo miramos cual si fuera Tutankamen redivivo,

porque ese rancio y molesto apéndice capilar, ha tenido el bello gesto de dejarse rasurar,

y si en tiempos anteriores gozaban de tales fueros solamente los tutores, los curas y los toreros,

ya la gente está enterada de que es más limpio y más sano mover la cara al viento a lo norteamericano,

y hostiles al alitado, llevan los intrasigentes, el bigote recordado como un cepillo de dientes.

Las niñas de rostros bellos, con implacable coraje, a los sedosos cabellos declaran el «boicoteo».

Con indescriptible anhelo y mano firme y serena, talan su «mata de pelo» para dejarse melena

y se llegan a afeitarse del ocupacio los pelos, sin pararse a respetar los venerables «abuelos».

Sin duda las dejó absortas que un filósofo dijera, que tienen ideas ciertas y larga la cabellera.

Y por ello idearían el desmoche capilar para ver si conseguían sus ideas alargar.

Si ese su proyecto ha sido, menguado lo considero, porque el éxito obtenido fué muy poco lisongero.

En cuanto a si está más bella con melena la mujer, a mí con ella y sin ella, me gusta hasta enloquecer.

La cuestión es ilusoria, pues tienen que hacerse cargo, que es una cosa accesoría que lo tenga corto o largo,

y siendo una hembra juncal y con carita de cielo, es completamente igual que tenga o no tenga pelo.

Y en fin, lectores sencillos, no tener tanta exigencia, que el que repara en peillos está siempre en la abstancia...

TOMÁS ALMODÓVAR.

DE LOS AÑOS QUE HUYERON



ALMAGRO.—Tres artísticas portadas. Fot. Sánchez.

Cualquier temperamento ligeramente observador que cruce las calles almagreñas, que consagre unas breves horas al recorrido de la antigua capital Manchega, observará que en pocas poblaciones se conserva un «sabor de época» tan puro como el que aquí puede apreciarse. Capiteles magníficos, escudos de leyenda, piedras de bordados venerables, recuerdos intensamente evocadores, meritorias portadas de solariegas casas, como las que campean—reproducidas al azar entre las numerosas que podrían elegirse—en la gráfica ilustración encabezadora de estas líneas, pertenecientes aquellas hoy, de izquierda a derecha, a los edificios de que son poseedores los asociados de determinada instalación fabril, el Sr. Conde de Valdeparaíso, y D. Manuel Alfaraez.

ANTE LAS CIRCUNSTANCIAS...

CRUDEZAS

Gesto gallardo

«Renunciar a mentir es quedarse sólo»
BENAVENTE.

Se ve hoy LA TIERRA HIDALGA en la precisión de poner una hilera de puntos suspensivos en su labor equilibrada y sana. Tenía que ser así: forzoso que así sucediera. Los motivos promotores de esta determinación no son para comentarios por ahora... ¡qué! sabe por cuanto tiempo! Pero ya lo serán algún día, cuando el sol de las grandes esperanzas vuelva a brillar sobre el horizonte difuso de las conciencias y cuando sobre los que mójamos la pluma en la savia de nuestra sinceridad no se cierna la implacable zozobra...

Por ahora, este Quijote valiente, sincero y vapuleador, se retira a su casa solariega, magullado el cuerpo, pero invicto e invencible el alma, hasta tanto la libre emisión de las apreciaciones sinceras, recobre las prerrogativas y fueros que le son debidos... «Renunciar a mentir es quedarse sólo», ha dicho Benavente. Pues bien. Como a este hidalgo (y además de la Mancha) no le importa tanto rumiar en la soledad y en las sombras ¡¡¡¡¡¡ lestras el credo fervoroso de sus apreciaciones, como vivir en plena orgía de hipéritas alabanzas—no sentidas, imposiblemente sentidas—, como lo viene haciendo la antigua gusana ancestral, con un «Yo pecador» fingido e insolente, he aquí que se decide a envolverse en la capa invisible del cuento...

No dormiré, no dormiré el espíritu que ha informado estas columnas desde que alborearon... seguirá contemplando el panorama, callado, razonadamente, y, con fatima amargura, verá moverse a ese valgo «municipal y espeso» como cantó Rubén. Y en su día, señalará con índice implacable las siluetas patricias... No morirá, decimos... Pero por si acaso en su letargo alguana mano leve atenta-se contra su vida, y lo dejara «xánime», poned en su tumba este epitafio, como en la del sublime loco puse el Bachiller Sansón Carrasco:

Yace aquí el hidalgo fuerte de valiente, que se advierte, ¡que la muerte no triunfó de su vida con su muerte...!

La caravana errante...

Mayo... Los campos de Castilla estaban en preñación de amapolas... Las torres de los pueblos, alojaron a los primeros vancejos, que volvían de su viaje invernal. La parda llanura, habíase cuajado de espigas. La paz silente, de estos adustos lares, fué interrumpida por el opaco vibrar del caracol...

—¿Quién la turbó...? —Los hijos del trabajo... Los parias, que con sus rostros calcinados y la hoz en la diestra, vinieron a preparar su invierno... ¡llegaron a buscar el pan de cada día...!

En la plaza pública hicieron grupos, esperando que llegara un «amo»... Los «señoritos» tenían un gesto, desdichoso y vago para estos miserables, que sufren y trabajan... y callan... ¡y acaso maldecen a veces...!

Yo desprecié a estos «señoritos» que no saben del dolor... ni del trabajo... ni de la miseria...; y que, por no saber, dejan pastar el cuerpo en alejado apartamiento del espíritu... y se condenan a una vida de egoísmos feroces y ancestrales...

Y para los resignados por la pobreza de la vida... tuve una mirada compasiva, fraternal... Y exclamé un poco misántropo y otro poco pesimista: ¡Oh, el esclavo...! ¡Oh, el pedigrifio de lo suyo...! ¡El harapiento...! ¡El sumiso...!

De sus dolores, desmayos y fatigas, de su ceño huraño y abnegado, tal vez un día nazca la justicia...

Hoy, son los vencidos...

Mañana... ¿serán los vencedores...?

ALEJANDRO ALCAIDE REDONDO,
Almagro-Mayo-1924.

Y acordaos también de las palabras del poeta:

«No me florees; porque tras la muerte mortal mi alma seguirá viviendo e inspirando vuestra vida; vivid entre vosotros, aún no viéndome sentiréis mi influjo en torno vuestro. Un día llegará en que todos nos sintamos uno. Entre tanto, orad porque la llam. perçú e...»

FRANCISCO TOLSADA,

Ciudad Real.
Bajo el aroma de las acacias, en 1924.

SONETO

CASTILLA

Por los campos y ciudades de la misera Castilla he buscado del pasado la leyenda señorial; he buscado sus hidalgos de lebrél y de gollilla y he hablado a sus labriegos en la sombra de un bardal.

He buscado en sus caminos las pisadas de Padilla, sus abades en el coro de una vieja Catedral, y la sombra de Teresa en la mística y sencilla mansedumbre de una celda de Avila la monacal.

Y Castilla es un ruinoso y gigante camposanto; en Castilla todo es muerte, todo es luto, todo es llanto... En Castilla ya no queda un espíritu con fe;

en sus llanos no germina de la vida la semilla, es estéril el barbecho de las almas de Castilla, y en sus campos y en sus hombres el Destino ha escrito: ¡fué!

FRANCISCO COLAS,